







TRES PASOS EN LA OSCURIDAD





RESERVA DE NARRATIVA CHILENA, 4






ANTONIO GIL

**TRES PASOS
EN LA OSCURIDAD**





© Antonio Gil Íñiguez
Inscripciones 84.990 y 100.675
del Registro de Propiedad Intelectual de Chile.
International Standard Book Number: 978-956-8681-05-0

© Derechos exclusivos reservados para esta edición
en todo el territorio hispanoparlante:
2009, SANGRÍA EDITORA
Las Torcazas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile.
sangriaeditora@gmail.com


Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, SANGRÍA EDITORA no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que –con su debida coherencia y fundamentos– la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Mónica Ríos y Carlos Labbé
Diagramó el libro Carlos Labbé
El diseño de portada fue realizado por Joaquín Cociña

Esta edición se terminó de imprimir en septiembre de 2009
en Gráfika Copycenter Limitada

Impreso en Chile



Prohibida su reproducción total o parcial, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico, según las leyes 17.336 y 18.443 de 1985 de Propiedad Intelectual, sin la autorización de SANGRÍA EDITORA.







ÍNDICE

Cómo hacer de la historia un sujeto. Prólogo a <i>Tres pasos en la oscuridad</i> por Pilar García C.....	9
<i>Hijo de mí</i>	21
<i>Cosa mentale</i>	109
<i>Mezquina memoria</i>	297
Tres novelas fantásticas. Epílogo. por Leonardo Sanhueza.....	373









**CÓMO HACER DE LA HISTORIA
UN SUJETO. PRÓLOGO A
TRES PASOS EN LA OSCURIDAD
Pilar García**

A principios de la década de los noventa la narrativa de Antonio Gil se hace pública, sumándose así a su poesía¹. El interés en representar e interpretar el pasado histórico a través de modos poéticos pareció distanciarlo de las orientaciones que parecían definir a su *generación literaria* en la que se encuentran autores como Gonzalo Contreras, Alberto Fuguet, Diamela Eltit, Pablo Azócar, Ramón Díaz Eterovic, Pedro Lemebel, entre otros. La Nueva Narrativa, conformada por escritores que comienzan a producir durante la década de los ochenta, se sintió llamada a fundar una literatura que se hiciera cargo de los sujetos, sus experiencias y la fuerte carga histórica de un Chile que debía procesar su pasado inmediato de represión, al mismo tiempo que asumía —a su pesar o no— las veleidades del mercado. Dichas contingencias necesariamente asoman



¹ *Los lugares habidos* (Ediciones del Ornitorrinco, 1982), *Cancha rayada* (Ediciones del Ornitorrinco, 1985), *Mocha Dick* (compilación Gutiérrez, 2006).



como formas determinantes de una literatura que representa a una sociedad en transición. La narrativa de Antonio Gil, por su parte, siguió derroteros en que la continuidad y la elaboración temática han dado cuenta de una indagación tanto en los contenidos como en los modos de representar escenarios tan distantes y complejos como el pasado colonial o la Independencia, la Conquista o la preconquista a través de una escritura en diálogo indiscutido –aunque mediato– con su presente.



La publicación de las novelas *Hijo de mí* (1992), *Cosa mentale* (1994) y *Mezquina memoria* (1997) reunidas en *Tres pasos en la oscuridad* permite identificar una poética literaria en constante elaboración, a cargo de un narrador que recrea una atmósfera fantasmagórica cuando se instala en la época colonial del siglo XVI en *Hijo de mí* y *Mezquina memoria*, y en la gestación de Chile a través del proceso de Independencia a fines del siglo XVIII en *Cosa mentale*. Los personajes que articulan este recorrido igualmente aparecen como fantasmagorías de la historia: Diego de Almagro, Alonso de Ercilla y el *mulato* José Gil de Castro son objeto de las violencias que la oficialidad de los discursos aplica sobre figuras históricas a través de su narración institucionalizada. La desfiguración y reubicación de lo representado en sus novelas, a través de un tratamiento lírico del fragmento, de la evocación y la letanía, cuestiona construcciones simbólicas tan amplias como nación, historia nacional o tradición.

Estas novelas –a las que siguen *Las playas del otro mundo* (2004) y *Cielo de serpientes* (2008)– despliegan un mundo





narrativo complejo, inmaterial y onírico, pero a su vez firmemente sostenido por las fuentes que les sirven de sustrato –a través de la referencia, la cita, la nota, lo finalmente velado– a un proceso de subjetivación en que la historia, como narración, busca que los sujetos hablen y sean hablados.

El poeta –el escritor– oye hablar a alguien, siente una voz, un murmullo. Tal vez siente que oye imágenes. La inmaterialidad de la voz se le presenta en forma de figuras impresas sensitivamente, como metáforas de un cuerpo que no alcanza su materialidad sino en la escritura. La conjunción entre voz y palabra escrita podría entenderse como uno de los intentos inaugurales y más enigmático por conformar representaciones y desentrañar mundos para darles existencia; aplicar una pequeña luz, una llama tenue, rodeada de una oscuridad amenazante pero necesaria que retuerce y deforma las figuras. El escritor asume y deja ver esa *manera* de llegar a decir las cosas, que nunca es del todo clara ni está libre de ambigüedad. O bien se inventa a una musa: una sustancia femenina que lo toma, lo entusiasma y lo deja extasiado. Pierde el hilo, se confunde, yerra. Tartamudea y se deshace en explicaciones, se justifica o se vuelve ideológico. Nos sermonea, entrega moralejas o elabora mitos. Creo que Gil logra relegar –o por lo menos silenciar– a la musa para asumir la *manera*; ingresa en las aguas oleosas del pasado de modo sutil, convertido en Maese Gil, dispuesto a perder o confundir su voz con las voces anónimas, advenedizas, del tiempo





anterior escenificado en el propio paso por la venta que está en el cruce de dos caminos.

En *Mezquina memoria* el estilo indirecto libre sitúa al narrador en varios planos de realidad: Maese Gil interviene a la vez que presta su voz –su escritura– para el relato. Concediendo que el canal o las mediaciones nunca son inocentes, el ingreso subrepticio de esta voz sugiere una tensión en el relato al presentarse como una conciencia más allá –o más acá– de la historia, capaz de relativizar juicios y asumir una perspectiva que aúna y condensa temporalidades; así surge cierta dimensión mítica y en algunos momentos irónica en sus novelas. Otro tanto ocurre en *Hijo de mí* con los intentos por recolectar y fijar el discurrir de la voz de Almagro prisionero, un conjunto de «relatos deshilados», como indica el narrador en las páginas iniciales, que «deberían ser el único y febril testimonio de los hechos, aventuras y desventuras» de este personaje, «reflejo esquivo» de la Historia. De inmediato se instala una atmósfera anterior a la escritura. Y en ambos casos se apela a una oralidad inasible pero latente, que se funda en una sucinta referencia fidedigna del pasado. El recurso a la intrahistoria o la microhistoria al reconstruir la subjetividad de personajes históricos, junto con la intervención estilística del narrador, hacen de las novelas de Gil relatos críticos, incluso escépticos frente al gran devenir histórico, que buscan legitimar otras visiones de mundo desde lo poético o *a través* de modos poéticos vinculados a una noción de historia ajena al paradigma racionalista y decimonónico, cercana a lo que algunos filósofos de la historia



han llamado mitohistoria. La cuestión es qué papel juega la literatura en estas disyuntivas historiográficas, cuando advertimos que la narración de Gil indaga en los límites del género literario.



Las novelas compiladas en *Tres pasos en la oscuridad* no sólo desmitifican la tradición histórica chilena a través de la parodia y las formas del carnaval. Su mérito mayor es trasladar los modos del mito y la poesía hacia la narración misma, espacio textual en que emerge sorpresivamente el desdoblamiento cuando, por ejemplo, en *Hijo de mí* el narrador Diego de Almagro señala que «si se me va a recordar por Chile, mejor no se me recuerde por nada». O bien el espacio narrativo de la Recta Provincia, marcado por un sino maligno y a la vez lugar de penitencias, de presencia de elementos irracionales, de aventuras desdichadas, de fracasos: comarcas llenas de oro que no son más que vacío. No hay en estas novelas un tono festivo de Bicentenario, sino un interés por hurgar en las construcciones nacionales y desarmar mitos fundacionales como la Independencia. En *Cosa mentale* la furtiva y degradada aparición de Bernardo O'Higgins otorga una nueva dimensión a los hechos ocurridos a través de la mueca desesperada del personaje que no deja de preguntarse por el ángel de la bola de oro como un espejismo de su propia experiencia, de lo insensato de sus planes y de la certeza de que todo se ha perdido en una mirada que, queriendo ir hacia adelante, inevitablemente vuelve al pasado. Acaso se



trata del mismo Ángel de la Historia de Walter Benjamin, quien a medida que avanza hacia el futuro vuelve su rostro para ver con horror el pasado como catástrofe. Todo acto de civilización es un acto de barbarie: O'Higgins se ve a sí mismo alejándose de la estatuilla del ángel que, a su vez, lo observa marcharse hacia un pasado que se cierra sobre sí mismo como promesa incumplida, como un proyecto de República no realizado. En la mirada fija y retrospectiva de O'Higgins, Gil hace presente el movimiento de una historia fracasada que se justifica a sí misma con el deseo y el proyecto constante de volver a construir la República, de regresar a estas tierras con un proyecto personal que es universal, confiado y autocomplaciente como cualquier certeza de futuro.


Este síntoma de desconfianza e incertidumbre ante el futuro me parece indicativo del modo como se representa el pasado en estas novelas. En *Hijo de mí*, Diego de Almagro se refugia en los recodos de la infancia al final de sus días, vuelve a su casa en España, reniega de su «empresa épica» de Descubrimiento como si de un espejismo o una falsía se tratara. Por su parte *Cosa mentale*, a través de una constante puesta en abismo en la representación –la pluma es al pincel lo que la tela al papel–, pone el tiempo natural por sobre el tiempo histórico cuando el Mulato regresa a retratar a su madre, María Locadía, quien a su vez reconstruye el sustrato infantil indígena de su hijo con las impresiones del recuerdo que le permiten reconocer al hijo en el presente para devolverlo al pasado; del mismo modo la pérdida de cordura de O'Higgins, sumido en los espejismos, subraya el patetismo

del orden y progreso del proyecto independentista. Trigos Limpios –Sucre, Gil del Yugo– abandona el tablado que le significó América y retorna a su tierra natal para narrar sus historias como si fueran ajenas, invención y maravilla. Así también ocurre con la reivindicación poética y no precisamente histórica de Alonso de Ercilla en *Mezquina memoria*, otro personaje que *cae* embobado por el relato mítico de las tierras ignotas, por el ansia de aventuras que anuncia el desgaste del futuro por el lenguaje, el anuncio de una vejez a través de la palabra proferida y no en la materialidad de las cosas. Se trata de una denuncia del «olvido del sonar del pasado». El espacio de la venta –que aparece con dimensiones similares en *Cosa mentale*– es el punto de hablada, purgatorio de las voces que enuncian la narración y que relativizan toda causalidad, toda valoración de juicios en el intento por reconstruir la historia advenediza a través de conjeturas, conocimientos parciales y el ingreso del narrador en el espacio narrativo. Cuando Alonso de Ercilla llega a la venta comienza a delirar. Es entonces cuando se superponen los tiempos y vemos que su historia es contada por «las ánimas del pergamino» –Góngora Marmolejo, Mariño de Lovera y Suárez de Figueroa–, voces aparecidas que relatan el destierro de Ercilla por órdenes de García Hurtado de Mendoza. Sin embargo su mujer, doña María, le dirá: «¿Te crees, Arcilla, que algún aliento de vida, uno solo, sople este relato? ¿Qué una sola de las letras esparcidas aquí y allá sirva de algo?». En la confusión de voces, María la cara de rata o el narrador se vuelven hacia el protagonista





para sentenciarle con esa pregunta. Finaliza la novela con un Alonso de Ercilla residente en España que recrimina a la divinidad por su suerte, que da su empresa poética por perdida o nunca iniciada al tallar en un árbol de la Isla Grande de Chiloé lo siguiente: «Con la punta de la daga voy grabando letra con letra y el perfume del árbol mana suavemente otros versos. Son los reversos con que la naturaleza nos replica siempre y nos contradice los cantos y las crónicas. ¿Y qué tal si me vuelvo y digo que escribí en la corteza toda una saga? ¿Y qué, si por estar aquí de poeta silvestre, una saeta me alcanza en el cuello? Sigo con la misericordia mi labor, verso con verso, y ahí seguiré siempre, porque no hay mañana ni ayer para el poeta que escribe en el tronco del tiempo su canto de gesta. Ni compañía ni muerte».

El título de este libro, *Tres pasos en la oscuridad*, no es sino una metáfora del acercamiento al pasado: siempre incierto, a tientas, conducido por un narrador involucrado en su historia, un narrador que se descubre como personaje y también como voz mediadora, que se ubica más allá de los hechos del presente narrado y que posee conciencia crítica de los eventos del pasado, mientras el futuro, que en la narración aparece como potencial, lo leemos como crítica de la historia presente. El mismo narrador es quien hunde los hechos de la oficialidad en las brumas subjetivas de un mundo de voces y de muertos que susurran su historia, para desmentir, hacer un retrato estético o escenificar otro tiempo.



No es casual que el narrador, Maese Gil en *Mezquina memoria*, hable desde la venta, el lugar de los vencidos. En tanto los materiales, la voz, la pintura o la escritura aparecen como *residuos* de un pasado que aún busca fijarse y que no logra convertirse en expresión de ese todo coherente que intenta ser la Historia. El poeta –el narrador– ingresa una y otra vez a las brumas temporales para proponer un sentido, no necesariamente afirmativo ni celebratorio. Estas novelas desarticulan la resistencia a revisar sin fingimiento la historia nacional, de la que puede emerger lo sórdido de un discurso carente de epopeya y una historia de fracasos.

Si las formas de la escritura o de la narración, de la poesía o de la realidad fueran puramente identificables, si fueran estables, si fueran verdaderas en una unidad solitaria, si se bastaran a sí mismas para comprender un diálogo, creo que podríamos sentirnos ingenuamente satisfechos de haber reducido, ordenado y comprendido tanto la Historia de la Humanidad como la de los individuos que la conforman. Lamentablemente ganar al sujeto es perder al objeto –del deseo. La pérdida de exactitud gana en pertinencia, permite entender otredades, salvar distancias epistemológicas o evitar ejercer violencias simbólicas. El recurso a la *posibilidad* aplicado al pasado o al futuro y distintivo de la poesía por sobre la historia, entabla un diálogo entre los materiales de la historia y los sujetos de esta, quienes al ganar una voz no existen sino en la posibilidad, en la poesía. Las novelas



históricas de *Tres pasos en la oscuridad* han emprendido el ejercicio de indagar en esa base última del mito aún no formalizado, para arrancarle su narración a los sujetos de la historia.

La necesidad de memoria ubica a los discursos literarios, tanto como a los discursos históricos, en una igualdad de propósitos, aunque no de métodos ni de fines mientras podamos concebir la memoria no sólo como un ejercicio futuro, sino un ejercicio del futuro y hacia el futuro. El problema que surge al reconstruir y al emitir juicios sobre acontecimientos en periodos como la Colonia, conlleva un excedente no siempre fácil de manejar y comprender: la voz, que es vehículo, significación y fuerza de una experiencia oral abstracta, de contenido inasible, no reproducible y que define a una cultura. En sus entrevistas Antonio Gil ha contado que creció escuchando relatos por voz de sus mayores, que su relación con la lectura fue oral y que ello le abrió las puertas a las fantasías de la noche². Me pregunto si no se trata, entonces, de acercarse a la oscuridad intentando descifrar su lenguaje.

Santiago, junio de 2009

2 Entrevista a Antonio Gil publicada el 23 de noviembre de 2007 en www.librolibrechile.cl.







HIJO DE MÍ







UNO

En el nombre del Padre. Y del Hijo. Y del Espíritu Santo. En medio del calor sofocante de este calabozo siento frío. Un frío de navaja como el que sentíamos de niño los eneros, bajando por el callejón de los pedregullos allá en Almagro con Felipillo, el de la vaca.

Puede ser también lo que otros llaman miedo. Eso que nunca he sentido ni en mi coraza ni en mi corazón. Pero que hace temblar a algunos como el viento escarchado del monte.

Afuera suenan los pasos del porquerizo con sus botas herradas. El tuerto se mueve agitado entre sus perros. Alguien martilla. Y Diego el Mozo, si aún no lo han muerto, irá apurando el zaino por los cañadones, cargando la odre con vino en el costado. Más allá el Cuzco con su zumbar de abejas. «Y en él», mi casa tomada y saqueada. Mi casa con su corredor blanco y sus bodegas. Mi casa con parrados y geranios. Mi cama. Mis jarros de agua fresca. Mis mujeres y mis cristos. Carajo. Y mi San Diego.

El porquerizo se aleja y se acerca. Va y viene, con sus botas herradas por el empedrado del patio. Y arriba el sol del mediodía. Y este frío adentro. Igual que el que sentimos hace tanto, bajando la leña y la vaca negra de Felipillo, el hijo de esa doña que cantaba lavando, inmóvil bajo las metralas del granizo, cubierta solo por su manto carmelo.

Con el porquerizo tuerto ahora pasean otros por el calor del patio. Son dos. O tres. Vuelven a martillar con fuerza, allá bajo el granado que yo planté. Donde hicimos reñir gallos y cantar muchachas. Donde le dije al porquerizo tuerto que no se fiara de mi mano si trucaba otra vez el rey de espadas con la suya. Hace años. Van y vienen. Murmuran. El cura de Alcarria viene ahora con ellos. Y ese otro el de la sotana sucia de ciruelas.

Vuelve a cantar la doña madre de Felipillo, lavando se me ocurre ahora confundido en mis fiebres esa sotana del mal fraile que se acerca a oír con la oreja puesta en el barro encalado.

Vuelve el frío. Más fuerte ahora. Como cuando al frío inmóvil se agregaba el viento, oliendo a chivos y a leña y a leche recién ordeñada. Allá en la tierra de mis mayores. Con sus rebaños y sus campanas. Carajo. Y mi San Diego en su altar dorado como en llamas.

Don Diego el Mozo, criado de mi sangre y crecido al calor de mis ojos, irá lejos. Irá triste, pero irá cantando una tonadilla por lo bajo, mientras el zaino empuja el aire de esas sierras. Y yo con este frío adentro en medio del calor polvoroso de la celda. Esperando.

Afuera el porquerizo y los suyos vuelven a alejarse. Los tres podencos de Aguayo, les conozco la ladrada, van orillando el riacho donde cortamos tanta carne y lavamos tanta lanza. Nunca le pusimos nombre a esa aguada. O se nombraba no más el riacho de la carne.

Casi puedo sentir otra vez el olor asado de los cuartos de llamo en la brisa de abril, y ver con el rabillo del ojo la

sombra de Lope de Aguirre cargando a caballo por juego y por jactancia.

Lope de Aguirre cargando contra el moro invisible y llevándose un indio de Gazpar de Entrala por el cuello bien clavado en la jabalina.



Siempre fui un guerrero, ni licenciado ni letrado ni nada. Pero no hace falta para saber de qué vienen esos golpes de martillo bajo el granado. Vuelven los pasos de hierro de Pizarro, el porquerizo tuerto, retumbando en el patio. Y las botas de cura, algo más suaves como que por humildad tamboreando delgado la tierra.

Vuelve el frío de ayer. Muy ayer. Y esa voz de la madre de Felipillo, que nunca aprendió bien sus coplas.

*Pajarillo que cantas
en la laguna
no despiertes al niño
que está en su cuna.*

Hoy me canto solo. Aterido de frío en el pozo del verano. Helado igual que pasando los Andi de una banda a otra, pero hundido en la cazuela de mi calabozo:

*Pajarillo que cantas
junto al barrote
no despiertes al niño
que va al garrote.*



Puede ser también lo que otros llaman miedo. Eso que nunca he sentido ni en mi coraza ni en mi corazón. Pero que hace temblar a otros como viento con nieve.



Por la señal de la Santa Cruz. El repiqueteo del porquerizo se va ahuecando por el corredor y un recuerdo de vihuelas y panderos llena esta copa mía ya vacía. De nuestros enemigos líbranos, Señor. Mozas robustas a la sombra de un árbol me rozan con sus ruedos.

Con sus dedos una, en el duro cabello con que me crearon. El canto de metal de la guitarra se torna otra vez la víbora de cascabel que entró a saco en mi casa, pero también una jaca del Apocalipsis huyendo de un breviario olvidado en la niñez, cuando las viruelas le cayeron a Almagro y el machete de Herodes nos dejó nomás a los esquivos. Yo, mi primo Dámaso, el Redondillo, Paca la Rubia, Juan de Ovando y nuevamente yo que nací y morí dos veces en el regazo negro de doña Cantora, con su Felipillo doblado como un cuero.

Allá va don Diego el Mozo. Arriba. Arriba. Líbranos, Señor Dios Nuestro.

Ya sin mi cruz casi. Y a punto de ser crucificado, vuelvo de golpe la memoria como quien vuelve un caballo. Crujen las naos volando en la noche de sal, entre blasfemias que no conviene recordar a quién está ahora en el cepo, casi, casi ante los ojos del Dios Padre.

Pero a viento y a blasfemias las naos se mueven volando cargadas de armas y de bestias. Allí yo, como en tanto otro sitio. Con tantos capitanes como he servido y me he hecho



servir. Pero no hay en mi memoria ya islares verdes. Ni hay en mi recuerdo el sabor del pájaro parlero comido con cebollas. Ni macacos. Ni nada. Sí que hay muertos y quemados vivos en fuegos de coronta. Y hay grilletas y golpes con el canto de esa espada que ahora me han robado y quebrado y arrojado lejos. Todos los que hubo de haber hubieron y sus sangres me pringaron mil veces las barbas. Pero este frío no deja entrar más que frío en la memoria. Este frío como el mismísimo carajo del diablo, me empuja al callejón de los pedregullos, en un tiempo que mató la viruela. Un tiempo que ya no importa. Unos años que no podrán salvar mi alma que otrora fuera altiva. Una auténtica doncella altiva, al modo brioso de los estandartes castellanos.



El hielo me saca de mi casa y me sube a lo más alto y me arrastra a lo más seco. Me lleva sin provecho a lugares sin nombre donde un pájaro del tamaño de una nuez grita chili... chili... Pero también me lleva cabalgando junto a mi hijo y nuestros hombres y nuestros indios y perros. El recuerdo me levanta al alba y a mandar que siempre he gustado de mandar. Un puño de hombres yo. El otro puño mi hijo el Mozo, mestizo en su armadura deslumbrante. Me levanta del blancor de mi cama y me pone junto al resplandor de mis hombres con la sed y el hambre de criar un nombre. Sacado a golpes del fondo de la nada si es preciso. Buscando algo. Algo. Algo. Para ser hijos del Señor Jesucristo y de Algo. Así mis tropas con hambre de ser hijosdalgo.

Y también el oro que da nombre y lustre a los solares hundidos por la lluvia. Que eso ya se sabe.

Ahí voy yo. Ahora voy ahí. Con los míos. Y eso quiero acordar, acordar, recordarme.

Angel de la Guarda, dulce compañía. En esa plaza de donde arrancan los caminos del mundo, estoy con los míos. Allí ese hijo que me diera una mujer que se llamó y se llama y se llamará para siempre por los siglos Ana Martínez. Acá, los indios en sus cadenas. Los negros en número de ciento y cincuenta. Los aperos y pertrechos que cuento uno a uno, alzando la celada al sol convulso de Cuzco. En la cabeza de la montura el gato que me vendiera en seiscientos castellanos Ruy de Endara. Ese ladrón. Y a mi lado el trujamán llamado por mí Felipillo, en recuerdo de ese otro el de la vaca en mi niñez helada. Soy rico. El más rico de todos si cuento uno a uno mis bienes y animales y casas y mercedes. Los yanaconas adelante con los fardos y las odres de agua. Al sur. Al sur.



No me desampares ni de noche ni de día. Ni en la hora de mi muerte, amén. Tengo armas y esclavos, tengo oro y encajes, también tengo plantíos inmensos y tengo gloria. Pero marchó. Marchó con los míos bordeando el Titicaca y ya no sé si estos días que pasan, así de arena fina, son los míos o los de otro que vivió antes, muy antes por el Panamá llevando mi nombre y mis arreos. Sirviendo a Nuestro Señor Jesucristo y al Rey su Majestad. Entre perrillos de guerra y arcabuces. Entre troneras y lombardas. Pobre y solo soldado y mi orgullo, este que más tarde trataría el porquerizo de arrebatarme, como la espada, sin lograrlo nunca. Cabrón y pendejo con el ojo huero y el alma de una víbora.



Es yermo el páramo que redondea los bordes del mar alto de Titicaca. Marchamos en grupos de cinco. Adelantamos aquí y allá unos soldados. El aire es ligero y no llena bien el pecho como los aires bajos. Todo va más lento. Como en un sueño en que el sol está algo más cerca y los pájaros vuelan más despacio. Santa María, Madre de Dios. Ruega por nosotros pecadores. Ahora y en la hora. Garzas del color de las rosas vuelan en bandas de miles y cientos sobre el agua color del cacao. Sí, ni en la hora de nuestra muerte, amén.

Vengo con un capitán de ojos zarcos que espolea menos que yo para no adelantarme. Vengo con Manco, al trotecillo junto a mi estribo, y sus embustes retintinean como piezas acuñadas con el perfil de un emperador.

Monedas que gotean en mi codicia sin fondo como el aceite del olivo que mi padre prensara en otra vida, con sus rocas redondas. Almagro. El aire de la tarde y mi padre girando sus piedras entre el balar de las ovejas. Un giro más es siempre otra gota. Y otra gota y otra gota en el cuenco del lagar. Y las campanas volando en el cielo bronco y erizado de Almagro. Pero la codicia de mi padre en verdad no es mi codicia, que se llenó hasta el borde de óleo de aceitunas. Y de oro. Y de maizales. Y de este nombre mío que ha llegado a cansarme, como la miel y llenó también hasta los bordes mi codicia de adelantado. Y Manco, el hideputa con su habla trunca y tropezante de indio, va rebalsando este cazo. Y en el rebalse llega a mis hombres y a mis capitanes con su tintineo de maravedíes cayendo en una hucha.



Por el patio unos pasos de fraile y el frufrú de su sotana sucia cada vez más cerca. Ya no los pasos herrados de Pizarro que estará sin botas echado en la tarima y bebiendo su vinillo en el porrón de bronce que me quitó. Mi porrón de bronce o mi vaso de plata con el aza de ébano. Estará quizá rezándole a uno de mis cristos. Pidiéndole a uno de mis cristos, tal vez al del Madero, que quise y estaba en mi alcoba. Rogando a un cristo mío que no lleguen a buscarme. Y quizá ese cristo mío me traicione como otros que eran míos. Juan de Alada. Jerónimo Sánchez. El Alemán. Tomás de Navarra. El hijo menor de mi ahijado el de Albacete. Los perros que comerán esta noche en su mano el pan con ajo.

Sé que hace calor. Imagino el reverbero de Cuzco a la distancia dibujándose y desdibujándose. Me veo sudando en el reflejo del agua en la jofaina. Y tengo frío, un frío que me baja por el espinazo y se arremolina como con hojas y con ramillas en los riñones. Con agujas de frío que giran y giran por mis huesos como cañas en la ventisca del Andi.

Los pasos del fraile se detienen. Del patio llega el siseo de unos bollos puestos a freír por Moisés Medina y el olor de la fritura se cuela por la puerta. Ese olor de la infancia con madre que no tuve junto al fuego. Pero vuelvo junto al fuego de mis compañeros, frente al Titicaca. Comiendo tasajo caliente y el de los ojos zarcos diciendo Don Diego, mire usted que las estrellas son buenas guías si se sabe usarlas y yo con las manos en el pasto húmedo de rocío levanto la cara y me pierdo en la negrura total punteada de luces y veo los destellos de las crines del caballo blanco del Apóstol.

—Para guiarse por las estrellas hace falta su ojo zarco —le respondo y vuelvo la mirada al fuego. Que es Un Solo Dios. Y Tres Personas No Más. Y que es España y su Rey. Y que soy yo aquí sobre esta tierra, a su servicio.

Aventuramos tres días completos por estos cañaverales, ribereando la mar alta. Hay comida y por ello contento y lozanía. Hay canciones. Hay la vastedad que el alma añora más que nada. Y vamos. Vamos adelante, soñando y rumiando el recuerdo de otras marchas. Allá Diego, el hijo, en un potro negro que ganó a las tabas. Acá el de los ojos azulencos, siempre un paso atrás de este adelantado que recuerda y olvida. Cuba. Panamá. Las tierras calientes y las viejas batallas a mandoble y lanza y perro y ballesta. Los botines.

Las hembras que son también botín para el macho, y lo serán por siempre. Dios perdone. Algunos pescan bagres y los asan en la brasa furiosa. Otros cazan al pasar diez grandes ranas que alegran la hora de la merienda y el vino. El habla ruda cuenta y desgrana historias de aquí y de allá. Los soldados en ruedas se acuerdan de todo lo que ya pasó. Uno me trae una iguana de regalo. Bien ensartada en un palillo y bien cocida la iguana es placer de caminantes. De romeros por este nuevo camino de San Yago. Sabor de pez y de ave juntos. Regusto de viñas viejas, y bodegas blancas. Sabor del pasado, que encanta y regocija.

Yo soy el que soy. Y aquí sobre la monta baya que he nombrado *Perdiz* voy adelante. Una riña. Dos que jugaban han desnudado las dagas. Rápido pido mi zurriago y desmonto.


Tres golpes por aquí. Y a la cadena. Soy el que soy y lo demuestro sin ansias. Como un jefe. Como el que manda mandando, con la mirada.

Retumba el martillo bajo el granado que yo mismo planté. Y otra vez el frío me saca de ese viaje al fondo del mundo que hicimos. Yo, mi hijo. Hay un rumor de pájaros en el patio. Palomos. O zonzotles como en el Panamá. Pequeños palominos que arrullan ajenos al frío que devora la tarde de verano.

De un salto mi memoria monta otro caballo. Y cargo. Y voy con los míos contra el tuerto. Pero a poco correr estoy en Las Salinas, desmontado. Pateando en la boca. Atado con una cuerda de estameña. De a pie y quieto. El odio es un fuego pobre. Calienta, pero dura poco. Como un fuego de sarmientos. Los leños que más duran contra este frío que siento, son otros. El hijo mío que huye. Arriba. Arriba Diego alcanza pronto el monte. Lejos. Lejos de este frío muerto que se vino sobre Cuzco.

Y monto una vez más la jaca lenta. El bayo llamado *Perdiz*. Y entro, entre mis hombres, por los pajonales del lago. El agua quieta. El aire quieto que apenas alienta. Y es como una agua que no apaga la sed. Y el agua como un aire atumultado de ranas. El Titicaca y sus olas de chicotazo breve. La inmensidad que el pecho tanto y tanto añora.

Por el oriente y por el oeste y por el sur y por el norte, el horizonte. La paja brava que esconde por aquí y por allá algún zorro. Alguna rata cuyi. Ni alimañas ni fieras. La paz alta de esta tierra que se oculta entre nubes.



Felipillo, el traductor que llamé así por el otro, de Almagro, trae el gato. Manco come con Felipillo y el gato alejados de las cadenas de yanacunas. Y juntos duermen bajo el estandarte del cielo en estas noches sordas.

Carne de ternera. Carne de capón. Carnes de cerdo adobado. Pavos y faisanes. Cuajadas. Natillas. Frutas y verdulerías. Cosas en las que se va la mente del que está hambriento. Cosas que recuerda el que realizó festines. Invitó. Colmó de vino a los que lo vendieron. Lo ataron. Lo golpearon en la boca. Ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, amén.

Vamos entonces a horcajadas en la bestia por los totorales. Por la diestra Blas de Ocaña tañendo un mandolino. Más allá y más acá los otros. Juan Iturra con su colorado. Y Manco el trotecillo con su cantinela de metales y de piedras y de ciudades con la tierra embaldosada de oro. Vamos al sur por lo alto y plano de esta desolación y vamos llenos de contento y llenos del Espíritu Santo.

Unas voces se cuelan con el olor a fritura de bollos. Unas que conozco de siempre. Vuelvo de golpe, como derribado de la montura por el frío. Entro otra nueva vez al calabozo en que me tiene el Pizarro tuerto de mis desgracias. Afuera esperan. Los curas y los licenciados de Cuzco están hablando en el patio polvoriento. Si pueden. Si no pueden. Si deben o no deben llevarme bajo el granado. Hijos de una mala madre.

Hablan y hablan y hablan porque saben que lo que a mí se me haga se les puede mañana hacer a ellos. Todos.

Todos los hideputa irán bajo el granado que yo mismo planté. Y donde hicimos bailar muchachas y rodar dados y llenar los vasos en las tardes amigas con Pizarro.



Cae la noche en la llanura alta, orillas de este lago quieto. No hay pendencias. Tres indios muertos. Dos negros sobrecargados también. Y un yanacona que mató Jesús Parera por escupirle en la cara. Vamos despacio. Hay paz y hay hoguera adelante para este capitán Almagro que marcha con amor hacia lo que no conoce.

Del sur me llegan cuatro castellanos. Llegan y se allegan dóciles como todo el que se enfrenta a una fuerza superior. No doy con los nombres ya. Pero llegaron y dieron noticias y derroteros. Uno canijo y barbiblanco al que falta una oreja me habla de los tucuma. Y de otros indios del sur. Inclinado y de pie ante mi caballo.

Cenamos juntos. A la distancia Manco y Felipillo comen sus batatas. Uno de los míos, Galindo, me pone en alerta. Al oído y con pausa.

—Mire bien, usted don Diego, que estos son forajidos —farfulla. Se les conoce, en el aliento. Pero Don Diego el de Almagro no está para pendejadas esta noche ni la otra y mandó a Galindo a juntarse con los suyos. Hay un silencio de iglesia aquí en las pampas altas. Un silencio de nevada. No quiero oír sino el tallar de los naipes en la otra grandeza minúscula de sus iluminados. El Caballero con el cáliz. El otro con el basto brotado y renovando. Las damas. El sueño que baja, una nieblas que se extiende y extiende.

Los del patio. Esos bribones. Esos que se hartaron en mi mesa. Esos que ven si es de bien o de mal llevarme bajo el



árbol mío. Y ellos míos también los rastacueros, que al nombrarme se inclinan levemente. El murmullo crece. Pizarro ha llegado con soldados. Siento el herraje de sus botas y el tintín de espuelines. Un golpe de casco sobre la mesa. Lanzas. Un grupo armado. Retumba un golpe de guatelete en la mesa. Y luego el silencio. Pizarro ha venido con soldados. Y se reanuda el martillar bajo ese árbol que da su fruta como de entrepiernas de mujer. Como de rubíes pequeñas. Como de hembra en celo en este calor endemoniado del Perú que tanto quise.

Helado estoy sonriendo. Helado miro mi partida de hombres en la plaza de Cuzco. Y otra vez a la orilla de este mar dulce que no acaba y no acaba nunca.

Pongo a Gazpar de Orense a vigilar los cuatro recién aparecidos. No es prudencia dejar al destino tanta chance. Que los vea. Que les pregunte. Que los hable. Y si hace falta, pues, sin más que los mate. Así soy marchando. Un capitán que vuela por el cielo con los suyos, un discípulo del Santo Apóstol. Un hombre de mi Dios. Y así voy. Con la Cruz Santa de Caravaca en el pecho y la Santa Virgen en el arzón de la silla.

Hoy se han perdido doce indios. Un hombre está herido de espina. Y un negro escapó enrarecido por la altura y no volvimos a verlo. Una buena jornada si ponemos memoria a los hechos viejos. A otras jornadas por selvas y por vados. Por ríos con dragones y arañas como manos. Creo en Dios Padre Todo Poderoso. Creador del cielo y de la tierra.

Galopa hijo. Vuela hijo mío en tu zaino. Arriba. Arriba hacia la sierra. Yo que te vi venir del vientre de tu madre. Yo que te conozco hace tanto te lo digo. Huye. Sube lejos al

— | |
—

monte con tu cuero de vino en el costado. Y con tus tonadillas. No pierdas nunca la ruta del sol. No pierdas nunca tu sombra.

Creo en Dios Padre Todo Poderoso. Miramos el llano que baja en cañadones hacia los desiertos. Lenta marcha. Arena. Huellas de deshielos. Uno de los míos, Ruy de Tarragona, se acerca y me mira. Me mira como se mira a las imágenes de los altares. Y murmura quedo y por lo bajo.

—No vamos a parte alguna, mi señor Don Diego. —
Es el primero que se enfría. Le mando salir de mi mirada. Volver a Cuzco. No sembrar su hormiga en esta miel viva que es la fe. El hambre de triunfo. Esa fuerza que hace cambiar el curso de las cosas terrestres. Un grito entre los indios yanaconas que vienen trotando en sus cadenas. Su dueño, por no abrir el candado, decapita a uno que se le ha muerto.

Vuelvo a mirar al de Tarragona. Él baja la mirada. Pasan lentos pájaros que asemejan cigüeñas. Pero del color del cielo cuando atardece, y hago un gesto de cansancio. Cierro los ojos y amago de sacar la daga. El cobarde ya no está al abrir yo los ojos. Estará buscando el camino de vuelta. Estará en la soledad. Se lo habrá llevado el diablo que siempre se lleva al cobarde. Porque al valiente, por mi madre, que el diablo no puede. El coraje es el mayor enemigo del diablo. Y los frailes ya lo saben.

Esos mismos frailes que merodean y farfullan en el corredor. Con sus rosarios y sus botas blandas. Esos que nunca han logrado oírme en confesión. Esos que van con las confesiones donde los hombres del tuerto a venderlas en fanegas y en gruesas.



Las mañanas en esa pampa baja son tibias. Atrás dejamos el lago alto y hemos bajado ya muchas varias leguas hacia quién sabe. Pero vamos adelante y cantamos esos cantos de putaña y cantina que gustan al soldado cuando marcha. Alto en el cielo se recorta el Andi. Se presenta y se representa a los ojos con sus cumbres de harina y grandes aves. Buitres grandes sobre montañas sin fin.

Comemos un cerdo que traía Ramonete. Buena la sangre bien coagulada y puesta en una marmita. Buena la pierna de este cerdo que Ramonete alimentó como a un perro. Buenas también sus costillas. Buena la carne toda en general. Y las entrañas.

Ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora. El de los ojos zarcos viene a mi lado. A mi diestra lejos, donde puedo mirarlo, mi hijo Diego. Y Manco. Y los cuatro bribones que he mandado adelante para verlos. Para ponerlos al alcance de esta ballesta que son mis ojos. Y que, si hace falta, degollarán con una sola vista.

Allá marchando van los míos. Buscando algo para hacerse sus hijos. Como aquel que conoce las letras y escribe, escribe, escribe, en mi memoria. Sin saber qué hace. Crece otro día. Y hallándonos a varias leguas de distancia unos de otros me llega la voz de que adelante indios atrevidos han atacado los grupos de la vanguardia. Nos abrimos en abanico por la pampa y avanzamos con cautela. Sin temor ni contricción. Con astucia. Abiertos, para cerrar un cascanueces.

El día declina sin ver a nadie. Solo esta pampa deslumbrante donde el sol hace un prodigio de luz entre los pastizales para provecho de nuestras bestias que comen y



vuelven a comer de él con gusto. Pastos parecidos a la avena silvestre que crece alta y por doquier. Amable y buena para nuestros caballos.

Llega así andando la noche. Cerramos el día sin noticia de indios sublevados ni de nuestros compañeros de avanzada.

En el fuego de esa noche veo los rostros ya perdidos de los viejos capitanes de antes. La vehemencia de unos ojos. El arrojito brutal de una boca torcida, como cuando descarga uno la furia de un golpe. El ensoñado rostro de esos capitanes letrados, que suspiran de amor y callan junto a la fogata de la noche. Noche fresca. Abierta. Húmeda. La noche de este día que ha pasado sin pena ni gloria. Y Manco a mi lado.

Donde lo alcancen mis ojos. Y los bribones y los yanacunas en un rumor de avispa. Los hombres son los hombres. Y sobre ellos el constelado sopor de hielo de estos cielos al sur, al sur del sur. Bajo la protección eterna de nuestro apóstol San Yago, el de la jaca blanca.

El tuerco ha dado un golpe de mano. Los tiene a todos en mi contra. Va y viene por el patio empedrado con sus botas de porquerizo. Los demás enmudecidos.

Ya no es el frío lo que me conmueve. Ahora es este dejarse ir de aguas frías, a donde quiera que vayan. Este arrastrar de piedrecillas y escarcha por un cauce que bulle y avanza, sin que uno pueda oponerle. La niñez tuvo algún día algo así. Ya no sé cómo ni cuándo, la niñez tuvo este frío arrastrante. Superior. Inevitable. Creo en Jesucristo su Único Hijo nuestro Señor. Que nació de María Virgen. Fue crucificado. Muerto y sepultado. Y al tercer día resucitó de

entre los muertos. Subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso.

Ahora entibia mi corazón otra lumbre. Esa aldea de Bolaños donde mi tío me escondiera de los ojos de pedernal de Almagro. Y yo niño bastardo yendo y viniendo con la pequeña López, mi hermana de leche por las callejas, jugando esos juegos locos de niños. Y mi tío duro como un yunque a la hora de castigar las bellaquerías de este niño solo que se apronta a ir, ir, por esos caminos de Dios entre pueblas y aldehuelas. Un pícaro de ocho años con la jactancia de un adelantado. Pequeño y enteco ese bastardillo que va por Bolaños con la miel de la infancia y el agraz del hambre.

Yo, Diego el de Almagro, hoy endulzo mi corazón viejo con ese recuerdo que revive y salta en mi alma seca otra vez luego de tantos mares y arreos. De tanta cuchilla y tanto escarceo como hubiese en esta larga, larga vida mía. Oh, María. Bajo el granado, el martillo canta como ayer las mozas. Como ayer golpea un tris tras de cubiletes con dados. Un verter de vinos bebidos por azumbres bajo esa sombra mía que he perdido. El martillo. El retumbar de las botas tachonadas de Pizarro que me mira desfallecer y trizarme por una grieta de la puerta. Perro que ayer fue conmigo un solo cuerpo y que en la santa misa, tras el Pater Noster, nos juramos, mano sobre el Misale Santo Romano, la amistad eterna. Y otros perros Gonzalo, su hermano, y Hernando, su hermano, a quienes perdoné cuando debí y pude voltear a la tierra. Y aquí hoy, sin quién me tire un paño para restañar mi degollamiento.